



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

El Brasil de Bolsonaro: entre la pandemia de la COVID-19 y el virus del autoritarismo

Autor:

Crespo, Regina

Forma sugerida de citar:

Crespo, R. (2020). El Brasil de Bolsonaro: entre la pandemia de la COVID-19 y el virus del autoritarismo. En R. Ruiz (Coord.), *Pandemia COVID-19: lecturas de América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en:

Pandemia COVID-19: lecturas de América Latina

Diseño de portada:

Brutus Higueta, Marie-Nicole

Diseño de interiores:

Martínez Hidalgo, Irma

ISBN:

En trámite

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL BRASIL DE BOLSONARO: ENTRE LA PANDEMIA DE LA COVID-19 Y EL VIRUS DEL AUTORITARISMO

Regina Crespo

CIALC-UNAM

En Brasil, que desde el golpe parlamentario de 2016 ha venido sufriendo un proceso acelerado de desmantelamiento de su sistema de seguridad social y de privatización de la salud, la situación sanitaria y política es caótica. Actualmente, el país aparece como el epicentro de la pandemia y su número oficial de muertos ya rebasó los treinta mil. No existe ninguna coordinación entre lo que determina el presidente Jair Messias Bolsonaro, para quien la COVID-19 no es más que una “gripecita”, y lo que necesitan decidir los 27 gobernadores y los más de cinco mil alcaldes brasileños para evitar la expansión de los contagios e impedir que se desborden los hospitales. A pesar de la insistencia del presidente en defender que la gente regrese al trabajo porque Brasil no puede parar, la economía nacional sigue estancada —ya lo estaba antes de la pandemia— y el gobierno no tiene ningún plan de acción concreto para echarla a andar. Bolsonaro no cuida la salud de su pueblo y tampoco resuelve la economía. Para entender los efectos de la crisis de la COVID-19 en el contexto económico, social y político brasileño y para analizar la conducta del presidente en su manejo, es necesario primeramente hablar de lo que definiríamos como “el Brasil de Bolsonaro”.

A una semana de ganar los comicios presidenciales, en octubre de 2018, un efusivo Jair Messias hizo una especie de discurso en línea desde su celular para sus seguidores en São Paulo. La escena, eternizada en YouTube,^[1] muestra un escenario meticulosamente montado: en un patio interior de una casa clasemediera con sábanas blancas colgadas al sol, el candidato se presenta con una playera verde sencilla, reforzando su imagen de “ciudadano común”. Triunfante, el futuro presidente de la república es enfático: “Perdieron ayer (en una mención velada a 1964), perdieron en 2016 y van a perder la próxima semana”, y también siniestro: “sólo que ahora la limpieza será mucho más profunda. Esos maleantes rojos serán expulsados de nuestra patria”. En frases plagadas de errores de portugués, Bolsonaro se dirige personalmente a Lula y vaticina que se pudrirá en la cárcel y que todos los petistas irán a *la punta de la playa*. El caudal de amenazas prosigue: “Bandidos del MST [Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra] y del MTST [Movimiento de los Trabajadores sin Techo], sus acciones serán tipificadas como terrorismo”. “Fuera *Folha de São Paulo* [...], prensa vendida. Nosotros queremos esta guerra”. Bolsonaro, que usó como pretexto el providencial atentado que sufrió en septiembre para esquivar los debates, supo crear oportunidades mediáticas (replicadas de forma exponencial por una cadena de comunicación cibernética) para arengar a la gente en contra de la izquierda, en contra de Lula y los miembros y simpatizantes del Partido de los Trabajadores (PT), a quienes simulaba ametrallar en sus apariciones públicas. La expresión “punta de la playa” en un principio ocasionó extrañamiento, pero pronto se supo que se trataba de una referencia a la base de la Marina en Restinga de Marambaia, litoral de Río de Janeiro, donde los militares ejecutaban prisioneros políticos en la época de la dictadura.

Bolsonaro asumió la presidencia el primero de enero de 2019, con un brevísimo discurso en que agradeció en primer lugar a Dios el milagro de estar vivo, después del atentado. Prometió defender y unir al pueblo, proteger a la familia, las religiones y tradiciones

judeocristianas y combatir a la “ideología de género”. Convocó a los congresistas a apoyarlo en su misión de “restaurar y reerguir a nuestra patria, liberándola definitivamente del yugo de la corrupción, de la criminalidad, de la irresponsabilidad económica y de la sumisión ideológica”. Con las promesas de que “Brasil volverá a ser un país libre de las amarras ideológicas”, de que la economía tendrá “la marca de la confianza, del interés nacional, del libre mercado y de la eficiencia”, de que “la política externa retomará su papel de defensa de la soberanía, en la construcción de la grandeza y en el fomento del desarrollo de Brasil”, y con la garantía de que había montado su equipo de gobierno “de forma técnica, sin el tradicional sesgo político que volvió al Estado ineficiente y corrupto” (en una evidente crítica a los gobiernos del PT), Bolsonaro concluyó el discurso con sus indefectibles “¡Brasil arriba de todo! ¡Dios arriba de todos!”.

El ascenso de un personaje tan burdo como Bolsonaro a la presidencia del mayor país de Latinoamérica no es, obviamente, un exotismo local. Se inserta en el resurgimiento mundial de la extrema derecha, en un complejo reordenamiento de fuerzas e intereses económicos y políticos, y es así como lo tenemos que analizar. Sin embargo, existen elementos específicos y preocupantes en el caso brasileño. La campaña de Bolsonaro (como la de Trump) se basó en una estructura eficaz de organización, agitación y propaganda, desarrollada en las redes sociales. Esta estructura profesional y sofisticada sostiene a Bolsonaro y su gobierno hasta el día de hoy. Con el apoyo de redes abiertas como Facebook, YouTube e Instagram, que propagan ideas muy simplificadas sobre la figura y las acciones de Bolsonaro, y de redes cerradas como WhatsApp, orientadas a miles de grupos con mensajes controlados y blindaje contra lo contradictorio, se pudo construir y alimentar una base de seguidores paralela a los canales tradicionales de información. Con el auxilio de esa ingeniería compleja y sofisticada, los articuladores de la campaña de Bolsonaro construyeron la imagen de un candidato antisistema (aunque el excapitán del ejército haya sido un diputado mediocre durante 28 años y aunque logró formar a sus tres hijos como

políticos profesionales). El “capitán”, promovido a la posición de “mito”, se presenta en estas redes como un personaje mesiánico que lucha contra la corrupción y está en guerra permanente tanto contra enemigos internos como externos, contruidos alrededor de los tres ejes que sostienen a la narrativa conservadora que define y orienta a los “brasileños de bien”: la Patria, Dios y la Familia.^[2] El discurso del sistema es belicoso y excluyente, hecho para mantener un ejército o un rebaño de seguidores fieles.

En cuanto a su base económica y política de apoyo, el ultraderechista unió a su alrededor federaciones empresariales, el agronegocio, las corporaciones mediáticas, pequeños y medianos partidos de derecha clientelares (conocidos en Brasil como la “derecha fisiológica”), amplios sectores evangélicos y neopentecostales adiestrados por sus pastores multimillonarios, además de amplios sectores de las fuerzas armadas, en especial del ejército. ¿Podría Bolsonaro componer una agenda para responder a todos sus intereses? Ofreció hacerlo con su equipo ministerial “técnico”, sin sesgos “ideológicos”. El odio a las izquierdas y al PT, manejado con habilidad en su ingeniería cibernética de apoyo, también fue un ingrediente seductor para estas fuerzas.

El 22 de mayo de 2020, poco más de 500 días después de iniciado su gobierno, los brasileños pudieron ver, por autorización del Supremo Tribunal Federal (STF), el video de la reunión ministerial del 22 de abril,^[3] mencionado por la defensa del exministro de Justicia Sergio Moro, como prueba de que el presidente había intentado interferir en la estructura de la Policía Federal (motivo de la renuncia de Moro a su puesto en el gobierno). En la reunión se tocó muy poco el tema de la crisis de la COVID-19, aunque el país ya tenía una cifra oficial de 3 mil muertos.

Además del vocabulario escatológico del presidente y algunos ministros, muchos pasajes escandalizaron a la audiencia no sólo nacional sino mundial. Bolsonaro se pronunció por el armamento de la población (“¡Quiero a todo el mundo armado! ¡Porque el pueblo armado jamás será esclavizado!”) y enfatizó que haría todo lo posible para proteger a su familia, y por ello cambiaría a funcionarios e incluso a ministros. El general Braga Neto, jefe de

Gabinete de la presidencia, presentó una especie de Plan Marshall de recuperación económica para el país, pero fue inmediatamente censurado por Paulo Guedes, ministro de Economía, para quien Brasil estaría en quiebra y el gobierno no tendría condiciones de gastar. Ultraliberal, en plena pandemia y en plena crisis económica, Guedes (que ya había logrado reformar la seguridad social con enormes pérdidas para todos los trabajadores del país, con excepción de los militares) sólo se dedica a controlar gastos e implementar una estrategia salvaje de venta de los grandes activos estatales. Abraham Weintraub, ministro de Educación, sugirió mandar a la cárcel a los once ministros del Supremo Tribunal Federal.

En cuanto al tema de la COVID-19, Ricardo Salles, ministro de medio ambiente, la retrató como una ventana de oportunidades: mientras los medios se ocupan de ella, el gobierno podrá aprovechar para aprobar dispositivos infralegales para explotar la Amazonia. La ministra de la Mujer, Familia y Derechos Humanos, Damara Alves, recordó al ministro de Salud, Nelson Teich, en su primera —y única— reunión ministerial, que en su ministerio había muchas feministas y abortistas y que “nosotros no vamos a permitir que las embarazadas que contraigan COVID-19 aborten”. Teich, por cierto, al tomar la palabra, trató de reforzar su preocupación por los efectos de la pandemia y subrayar la necesidad de mantener un plan coordinado de acción para combatirla. Su participación no encontró eco entre los colegas y se perdió. Teich, que había aceptado sustituir a Luiz Mendetta, despedido por Bolsonaro por intentar seguir las indicaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), ya había dejado el gobierno cuando el video se hizo público. Había ocupado el puesto por menos de un mes y fue sustituido por un militar.

Esa descripción detallada de la junta ministerial nos remite al amenazante discurso de Bolsonaro junto a las sábanas blancas en su jardín e ilustra su triunfalista discurso de toma de posesión. A lo largo de los 500 días de ese gobierno observamos el intento de consolidación de un proyecto autoritario de poder, cuyo principal presupuesto ha sido la destrucción de lo que no cuadra con sus

preceptos. Como vimos, la agenda política de sus ministros va en la misma dirección: la dilapidación de los recursos y bienes públicos, el rechazo a la adopción de políticas de crecimiento económico, la ruptura de políticas sociales, con el abandono sistemático de las minorías, y el debilitamiento de la misma estructura del Estado. La permanente truculencia de Bolsonaro al afrontar a los demás poderes de la federación y amenazar el orden institucional, su defensa del armamento de la población, la mezcla entre las esferas de lo público y lo privado que usa en beneficio propio y el dominio que está logrando establecer sobre las instituciones demuestran que está conduciendo al país hacia un momento muy grave, quizás de ruptura, como nunca se había vivido, desde el regreso a la democracia en 1985.

Por otra parte, las políticas del “capitán” reciben apoyo del “mercado” y encuentran respaldo en el núcleo de generales que componen su *staff*. Ni siquiera durante los años más duros de la dictadura de 1964, los militares ocuparon tantos puestos en el gobierno. Actualmente existen más de tres mil, en todos los escalones. El Ministerio de Salud, que siempre fue considerado un ministerio técnico, cuyas políticas sanitarias y de prevención han recibido reconocimientos internacionales, ha sido despojado de sus especialistas para que coroneles, mayores, tenientes y subtenientes asuman puestos de comando y gerencia técnica en medio a la terrible crisis sanitaria, a la cual no tienen ninguna capacidad de enfrentar.

Ese panorama ayuda a entender cómo las fuerzas políticas y económicas que se unieron en pro de la candidatura del excapitán aún no han sido defraudadas.

EL CORONAVIRUS Y EL VIRUS DEL AUTORITARISMO

El primer paso de un gobierno interesado en enfrentar la crisis sanitaria y social generada por una pandemia sería crear un protocolo de acción que uniera esfuerzos entre las instancias federal, estatal y municipal. Mucho se podría hacer a partir de la colaboración, principalmente intentando vislumbrar alternativas no

sólo para mitigar los efectos inmediatos de la pandemia, sino para manejar la inevitable recesión económica que generará. Bolsonaro tendría que ocupar la vanguardia y dirigir esas acciones. Como sabemos, no lo hizo. Frente a las crisis, Bolsonaro siempre genera el caos. En el caso del coronavirus, hizo gala de su negacionismo y ha puesto en riesgo a la población. El STF ha tenido que intervenir en favor del poder de decisión de los gobernadores y éstos, por su parte, han lidiado con la falta de recursos federales, con la presión de las grandes corporaciones y empresarios para el regreso al trabajo y, en última instancia, con la ausencia de ese protocolo de acción integrada. Mientras el Consejo Monetario Nacional y el Banco Central anunciaron en marzo un paquete de medidas para aumentar la liquidez del sistema financiero, con un monto de 1.2 trillones de reales, el auxilio de emergencia de 600 reales a los desempleados y a las familias pobres no llega a todos los necesitados. Los problemas aumentan y Bolsonaro los ignora. Mientras las cifras de muertos suben, los hospitales se saturan y se abren fosas comunes, el presidente convoca a sus seguidores a que salgan a las calles a protestar pidiendo el regreso al trabajo y se junta con ellos, sin obedecer los procedimientos de sana distancia, en manifestaciones en que se pide la intervención militar, se grita contra el “comunismo”, se hace apología de la dictadura y se exige el cierre del Congreso y del STF. Seguidores fanáticos movilizados en grupos de WhatsApp hacen un enorme ruido mediático con acciones despreciables como la agresión a periodistas y a enfermeras, la obstrucción a entradas de hospitales y caravanas en protesta contra los gobernadores que han organizado acciones en contra de la pandemia.

Bolsonaro utiliza una estrategia calculada de crear hechos de impacto y su presencia en los medios y las redes sociales pauta los debates públicos y la misma agenda política de las fuerzas y los partidos de izquierda. Para los muertos y sus familias, jamás ha dirigido una palabra de consuelo. Al contrario, ha tratado el tema con irreverencia y juegos de palabras (“¿Y qué? Soy Messias, ¡pero no hago milagros!”). Entre sus bravatas y descalificaciones hacia los científicos, los médicos y contra la misma oms, Bolsonaro primero

defendió al aislamiento vertical, después se volvió un apologeta de la utilización de la hidroxocloroquina en el tratamiento de la COVID-19. Por determinación suya, el laboratorio del ejército empezó a fabricar la sustancia que, por cierto, después de la propaganda que le hizo el presidente, desapareció de las farmacias y hace falta a los que la necesitan. Su indicación se volvió protocolo oficial del Ministerio de Salud, pero sólo después que Teich renunció, por negarse a firmarlo, ya que no hay certeza científica de su efectividad.

En los últimos días de mayo, cuando Brasil ya es el cuarto país del mundo en número de muertos, la población empezó a dejar la cuarentena. En realidad, muchos ni siquiera pudieron empezarla. La presión de los industriales y comerciantes, la necesidad de la gente y la imposibilidad de que las autoridades estatales y municipales hicieran frente al boicot permanente de Bolsonaro han ganado la batalla. Sin embargo, es el peor momento para el regreso. El coronavirus, que llegó a São Paulo por los viajeros internacionales, ya alcanzó la periferia, donde vive una población que carece de condiciones financieras mínimas para permanecer en casa y donde el distanciamiento social es imposible sin el apoyo del gobierno. En Amazonia, a donde llegó por el turismo extranjero, ya está en los pueblos más alejados y en las aldeas indígenas que no cuentan con asistencia médica. La situación es dramática y va en aumento.

En Brasil, la crisis sanitaria evidentemente alimenta —y se alimenta— de la crisis política. Desde la llegada del coronavirus a Brasil, Bolsonaro asumió un extraño protagonismo. Se volvió un personaje folklórico en la prensa mundial, provocó el repudio de la comunidad intelectual y científica internacional e hizo de Brasil un lugar literalmente apestado. Su política externa de alineamiento automático con Estados Unidos y las posiciones reaccionarias del Itamaraty en los foros internacionales destruyeron la reputación de la diplomacia brasileña. Brasil no participará en la discusión de la pospandemia ni de la búsqueda de la vacuna, a pesar de su reconocida tradición en el área. A Bolsonaro no le importa su imagen internacional y tampoco las pérdidas que está ocasionando

a Brasil. Con ese desastre crea hechos y distractores en la arena política nacional, polemiza con los núcleos que eligió como enemigos —intelectuales, artistas, científicos, las fuerzas de izquierda— y mantiene a su alrededor esa aura de político antisistema, que alimenta a sus seguidores. Si regresamos a su historial, sus discursos, su núcleo de apoyo y a la estructura de movilización que sostiene, podemos observar que Bolsonaro sigue una línea de acción congruente en la escalada de un proyecto autoritario de poder, que podrá o no culminar en un golpe militar o en un autogolpe.

Asimismo, la estrategia de Bolsonaro de agresión permanente al STF y su política paralela de estímulo al armamento de la población tienen que ver con el hecho de que está consciente de que tanto él como sus hijos están bajo riesgos judiciales extremos (sus hijos son sospechosos de enriquecimiento ilícito, vinculación con el crimen organizado e incluso con la producción de *fake news*). Recordemos que la obsesión de proteger a (su) familia es un tópico recurrente en sus manifestaciones públicas y lo hace moverse en una especie de escenario de guerra permanente.

Por otra parte, Bolsonaro apuesta a que podrá ampliar su base de apoyo, que ya incluye a los militares, con la cooptación completa de los sectores fisiológicos del Congreso, por medio de prebendas, líneas presupuestales y cargos, cumpliendo justamente los ritos de la vieja política que prometió extirpar del país. Si refuerza su base de apoyo y si mantiene la política del caos, podrá seguir interviniendo en las instituciones, destruyendo a los “enemigos” y gobernando con el visto bueno del mercado financiero nacional e internacional y las bendiciones de la ultraderecha mundial.

Podríamos entonces concluir que el manejo “espectacular” que Bolsonaro ha hecho de la pandemia de la COVID-19 supera cualquier rotulación. Huye al simple negacionismo, a la falta de competencia administrativa o de liderazgo. De hecho, el coronavirus le ha sido providencial y le ha servido a Bolsonaro y también a gran parte de las fuerzas que lo apoyan, simultáneamente, como distractor y como herramienta para el establecimiento de un proyecto de poder autoritario, excluyente y en última instancia genocida. Al parecer,

las previsiones del biólogo Átila Iamarino, de que Brasil llegaría a un millón de muertos si el gobierno no tomara las medidas necesarias, pueden llegar a cumplirse.^[4] La apuesta del gobierno parece ser clara: la enfermedad alcanzará a los viejos y disminuirá los gastos de seguridad social; diezmará a los indígenas y a los quilombolas^[5] y se podrán negociar sus tierras con mineras, madereras y grandes latifundistas de soya y caña de azúcar. La COVID-19 matará a los negros y pobres de las favelas y periferias de todo el país y eso representará una acción eugenésica, una ayuda a la preservación de los valores tradicionales judeocristianos, materializando el supremacismo que el presidente y su grupo defienden.

Las fuerzas de oposición intentan moverse. Con el mal manejo de la covid-19, la popularidad de Jair Messias Bolsonaro empezó a caer en las encuestas y se esparcieron los cacerolazos por el país. Empiezan a publicarse desplegados en su contra; más de treinta pedidos de su *impeachment* ya reposan en el escritorio de Rodrigo Maia, presidente del Congreso; y los movimientos de izquierda, a pesar de la pandemia y tratando de respetar las normas de protección y sana distancia, vuelven a salir a las calles, para retirar a los grupos bolsonaristas la exclusividad de la manifestación. Bolsonaro pretende usar el coronavirus como un arma letal más en su proyecto de destrucción de Brasil. La gran pregunta que queda sin responder es si esa terrible pandemia facilitará esa misión o si, a pesar de todo, podrá servir para reorganizar a las fuerzas democráticas brasileñas y ayudarlas a extirpar el virus del autoritarismo.

REFERENCIAS

- Jornalistas Livres, 21 de octubre de 2018 [Archivo de video].
Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=at8qr1MeO6g>
- Martins, Antonio, “*Lockdown com justiça social*”, *Outras Palavras*, 2020. Disponible en: <https://outraspalavras.net/crise-brasileira/lockdown-com-justica-ja-1/>

Pagoto, Ronaldo, “O bolsonarismo é muito mais que uma máquina de notícias falsas”, 2020. Disponible en: <https://diversawebradio.com/noticia/724656/o-bolsonarismo-e-muito-mais-do-que-uma-maquina-de-noticias-falsas>

Serviço Público Federal/Polícia Federal/Instituto Nacional de Criminalística. Laudo de perícia criminal federal [registros de áudio e imagens]. Disponible en: https://abrilveja.files.wordpress.com/2020/05/laudo-digitalizado_220520201218.pdf

^[1] *Jornalistas Livres*, 21 de octubre de 2018.

^[2] Ronaldo Pagoto, “O bolsonarismo é muito mais que uma máquina de notícias falsas”, 2020. Disponible en: <https://diversawebradio.com/noticia/724656/o-bolsonarismo-e-muito-mais-do-que-uma-maquina-de-noticias-falsas>

^[3] Serviço Público Federal, mayo de 2020.

^[4] Antonio Martins, “Lockdown com justiça social”, *Outras Palavras*, 2020. Disponible en: <https://outraspalavras.net/crise-brasileira/lockdown-com-justica-ja-1/>

^[5] Las comunidades quilombolas son remanentes de los quilombos, escondites donde se concentraban esclavos fugitivos. Hay más de 3 mil grupos en todo el país. Cien años después del fin de la esclavitud, la Constitución de 1988 reconoció la existencia de los quilombolas y su derecho a la propiedad colectiva de sus territorios.